

Alejandro Mendible

Haití: Acuerdo al final del túnel

Las recientes conversaciones entre el Presidente Jean Bertrand Aristide y el General Raoul Cedras, sostenidas en la isla de Gobernadores, New York, y auspiciadas por las Naciones Unidas y la OEA, terminaron de manera satisfactoria con la firma de un acuerdo el sábado 3 de julio. El acuerdo, caso sin precedentes en la diplomacia de América Latina, establece el regreso del Presidente depuesto a su país, mediante procedimientos pacíficos, y la renuncia del alto mando militar golpista. El hecho no sólo se presenta como un momento de gran trascendencia para el futuro de la atormentada República de Haití, sino también como un hilo en el proceso de democratización vigente en el continente.

El pueblo haitiano después de ser protagonista de un lúcido proceso de independencia, el primero en el continente, entró en un largo período de involución de cuyo padecimiento aún no ha podido recuperarse. En su devenir contemporáneo prevalece una estructura socio-económica totalmente ajena a los requerimientos nacionales, y planificada en función de una mayor rentabilidad de la explotación del país por una élite despótica y altamente insensible ante el beneficio social de su pueblo. De ser la colonia más rica de Francia en el siglo XVIII, se convierte en el país más económicamente pobre de América. Las causas de este cambio adverso son varias pero como principal responsable puede señalarse la brutal actuación de una clase dirigente que actúa con marcado nepotismo interno y pacta de manera abierta con los poderes económicos extranjeros.

La deplorable situación haitiana, por el grave cuadro que presenta, amenaza la prosperidad de los Estados Unidos debido a su cercanía geográfica. El crecido flujo migratorio ilegal le acarrea problemas a la potencia del Norte, y le demuestra con los hechos como, «la pobreza en cualquier parte constituye una amenaza a la prosperidad, en cualquier parte», de conformidad al planteamiento de la ONU en su «Informe Sobre Desarrollo Humano»

de este año.

La capacidad ilimitada de sufrimiento del pueblo haitiano ha pasado por reiterados períodos represivos, ocupando lugar destacado en el presente siglo, el prolongado ciclo de oprobios del duvalierismo, el cual termina de manera formal el 7 de febrero de 1986 con la huida de Baby Doc, pero continúa hasta el presente bajo nuevas modalidades de autoritarismo cuando los militares actúan como los herederos de la dictadura. Sin embargo, la larga lucha contra los repetidos intentos de perpetrar la dictadura ha contribuido a la politización y concientización del pueblo haitiano.

EL GENESIS Y PRIMERAS ETAPAS DE LA REGRESION HISTORICA

La anexión de Haití al proceso histórico mundial se inicia a partir de 1492, cuando el Almirante Cristóbal Colón a bordo de la carabela Santa María, toca por vez primera la costa noroeste de la isla. En 1499 comienzan a llegar los primeros negros esclavos a la Española, y posteriormente barcos de filibusteros y bucaneros activaron el comercio ilícito y fueron invadiendo poco a poco zonas deshabitadas en la parte occidental de la isla, así como la pequeña isla de La Tortuga. En 1640 el Gobernador La Vassaur logró en la Tortuga un gran desarrollo de la industria azucarera. Y en 1561 sucede la primera incursión francesa en la isla, marcando el inicio de una invasión lenta y calculada, que aprovecha el vacío que deja España en la sección occidental, y que terminará más de un siglo después cuando los españoles ceden definitiva y legalmente el territorio a Francia, primero mediante el Tratado de Ryswyck en 1697, y después por el Tratado de Aranjuez en 1776.

En 1664 Francia inicia una política azucarera colonial, implantando el sistema de plantaciones, con el fin de explotar las tierras tropicales abandonadas y la mano de obra esclava africana. Los tiempos de bonanza alcanzaron su momento

culminante en 1775 cuando Saint Domingue produce 177.540.000 toneladas de azúcar, lo cual representa para Francia más que lo que toda la América española produce para su metrópoli, y reporta para el mundo casi la mitad del azúcar que se produce y consume en todo el planeta. Sobre la próspera plataforma económica se levanta una sociedad caracterizada por las desigualdades entre los pocos blancos hacendados, los libertos conocidos como *affranchis*, los mulatos y los negros esclavos que forman la amplia base de la pirámide social. Pero el boyante orden económico colonial se desmoronó mediante un violento proceso revolucionario que se dio entre 1791 y 1804, convirtiéndose en el primer proyecto independentista y anticolonialista con verdadera conciencia nacionalista que se materializó en el Caribe y América Latina.

Tres factores contribuyeron poderosamente para la ruptura del pacto colonial. Primero, los acontecimientos políticos franceses reflejo de los desarrollos ingleses que culminan con la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. En este punto se destaca el hecho de que las asambleas revolucionarias no se decidieron sino muy tardíamente a extender a los territorios coloniales la aplicación de dichos principios. Segundo, las continuas incursiones españolas, las cuales estimularon la insurrección de los esclavos; y tercero, la enorme presión social que generó la explotación de los esclavos, la cual alcanzaba la relación desproporcionada de catorce esclavos por un blanco.

La ignición revolucionaria contó con dos canales de comunicación para aglutinar la acción del pueblo haitiano. La lengua nacional, o *creole*, cuya importancia fue reconocida incluso por los dominadores, quienes en 1792 redactaron en esa lengua la proclamación para anunciar la abolición de la esclavitud, y en 1802 Napoleón Bonaparte lanzó igualmente una proclama en criollo para incitar al pueblo a someterse. El *creole* y los tambores fueron los medios de comunicación utilizados para unificar las dotaciones, más distantes entre sí, de ingenios de azúcar y plantaciones cafeteras.

El otro factor aglutinante fue el vudú, religión de origen africano y que juega un papel importante en la vida haitiana. El vudú se basa en la creencia de que la naturaleza y sus fuerzas están regidas por energías metafísicas, que el hombre percibe personalizadas en dioses (loas), y espíritus o «santos». Los sacerdotes del vudú son los «hougans» y ellos jugaron un papel importante en la rebelión.

Al inicio de la insurrección se destacan la actuación mitológica de Mackandal, un negro dotado de astucia e inteligencia y la

de Boukman, un gigantesco negro natural de Jamaica, quien ejerció gran influencia sobre los esclavos en su carácter de papaloi o gran sacerdote vudú. A partir de 1793, aprovechando la guerra de España e Inglaterra contra la República Francesa, se destacó el gran caudillo negro Toussaint Louverture, quien a la cabeza de un ejército popular obligó a la oligarquía a aceptar la abolición de la esclavitud. Ante la afrenta de los negros, Napoleón I envió al general Leclerc, quien sometió bajo engaños a Louverture y lo llevó a Francia donde fue encarcelado. También, los esclavistas reaccionaron ante el desafío de los esclavos incrementando en todo el Caribe la propaganda injuriosa contra la Revolución Francesa y el acta de libertad de los esclavos. Pero todo ello no fue óbice para que el 1º de enero de 1804, en la Plaza de Armas de Garaivas, sobre el Altar de la Patria Jean Jacques Dessalines, el esclavo negro cuyas espaldas estaban marcadas por el látigo impiadoso de los negros, proclamara la Independencia.

Para ese momento, el poder y el prestigio de Haití era tan grande, que Dessalines parece haber pensado en la posibilidad de invadir el Sur de los Estados Unidos, liberar a los esclavos y crear un vasto imperio negro desde Virginia hasta las Antillas. Por otra parte, la gesta y formación de la primera república negra en el mundo ha constituido tema para historiadores y escritores de renombre, como por ejemplo, Alejo Carpentier con su alucinante relato «El reino de este mundo».

Pero los logros alcanzados muy pronto entraron en serias contradicciones y conflictos iniciando un largo proceso de regresión histórica. En 1805 es asesinado Dessalines, y después se divide el país entre Alexander Petión (recordado en la historia por su ayuda al Libertador) y Henry Christophe quien se proclama rey. En 1818, J.P. Boyer conquista la parte de Santo Domingo y unifica la isla. En 1848 los dominicanos alcanzan su independencia expulsando a los haitianos de su territorio y en 1867 estalla una cruenta guerra civil.

El desarreglo y caos generalizado crean el pretexto para la intervención de los Estados Unidos en 1915. La intromisión norteamericana en el acontecer político haitiano trasladó el poder político de los negros a la oligarquía mulata. Y, no obstante la actuación patriótica de Charlemagne Peralte y su Ejército revolucionario, las fuerzas de ocupación impusieron el protectorado y crearon las bases de la dominación económica que llega hasta nuestros días.

EL DUVALIERISMO UN CAPITULO SANGRIENTO DE LA REGRESION HAITIANA

El 22 de septiembre de 1956 tomó el poder Francois Duvalier quien instauró una de las más feroces y crueles dictaduras conocidas en el continente. Francois, mejor conocido como Papa Doc, asumió como método único y absoluto de gobierno, la violencia ciega y la corrupción, dando lugar a ese fenómeno conocido como papadoquismo o padadocracia. La Papadocracia significó la eliminación de todas las instituciones haitianas: el poder judicial perdió su autonomía, el poder legislativo pasó a manos de los duvalieristas; el ejército ante el poder de los Tontons, Macoutes quedó de plano secundario y la prensa perdió su libertad de informar.

El régimen pasó a definirse como un fascismo del subdesarrollo y de la dependencia, utilizando la tortura, los campos de concentración, matanzas de gente en la calle y exposición pública de sus cadáveres. Usó de todas las armas de la violencia física y psicológica para «zombificar» a su pueblo. En lo personal, el dictador empleó como instrumento de control el vudú, pero se acercó cada vez más al grupo de los hougans de la «mano izquierda», practicantes de la magia negra, y en el palacio presidencial se celebraron ceremonias y ritos en los cuales el primer magistrado oficiaba en frac y pumpá, asumiendo la personalidad del Baron Samedi (encarnación de las fuerzas metafísicas destructoras).

El otro instrumento de control del dictador fue La Negritud, corriente ideológica que nació en 1928 en París; pero no fue sino hasta después de la II Guerra Mundial cuando tomó fuerza. Es así como intelectuales africanos y/o antillanos comenzaron a manifestar su descontento contra la discriminación de los valores de África y de la cultura de cada uno de sus pueblos frente a los valores impuestos por el mundo occidental blanco. En Haití el movimiento se le atribuye al doctor Jean Price Mars, médico, etnólogo y filósofo, quien, en sus «Les Griots», consideró como objetivos la enseñanza y reconocimiento del vudú como elemento esencial del espíritu haitiano y la significación del ser negro. Pero de manera especial, el dictador contó para su control omnímodo con la ayuda de los Estados Unidos lo que motivó que un humorista norteamericano en 1959 dijera que en Haití, detrás de Duvalier, mandaban tres generales: el General Eisenhower, el General Motors y el General Electric.

Francois procuró perpetuarse en el poder después de su muerte en 1964, a través de su hijo Jean Claude. Baby Doc

sintió la necesidad de diferenciarse del viejo dictador creando el lema «mi padre hizo la revolución política, yo haré la revolución económica». Sin embargo, su desgobierno fue total, llegando a la degradación de convertir en lucrativo negocio de estado la venta de sangre de su población. La visita papal en marzo de 1983 se convirtió en una denuncia mundial de la situación imperante cuando el principal vocero de la iglesia públicamente señaló: «hay ciertamente una profunda falta de justicia». A este punto la regresión histórica en Haití era un hecho consumado. En 1986, fecha de la caída del dictador, había aproximadamente 75 mil ciudadanos que no tenían techo ni alimento, las estructuras agrarias eran las de 1823, lo cual suponía que el 15% de los propietarios poseían aproximadamente el 66,22 por ciento de las tierras productivas, mientras dos tercios de la población mal integrada por campesinos medios poseía sólo el 10% de las propiedades. Más de 300 mil familias campesinas no tenían tierras; por ello miles de campesinos se veían obligados a trabajar bajo condiciones feudales. En relación a la corrupción, los trabajadores del Banco Central de Haití denunciaban a través de un documento, que la familia Duvalier adeudaba a esta Institución financiera un poco más de 400 millones de dólares y que en bancos extranjeros tenían depositado alrededor de 450 millones.

LA SUPERVIVENCIA DEL DUVALIERISMO Y LA CRECIENTE LUCHA POPULAR

La precipitada huida de Baby Doc le abrió nuevas posibilidades históricas a la sufrida nación caribeña. Ante la nueva coyuntura planteada surgieron diferentes posiciones abarcando desde las plataformas progresistas y partidarias del cambio democrático hasta las posiciones neodualieristas tendientes a redefinir las formas dictatoriales dominantes en la historia haitiana. Particularmente, el ejército se presenta como el heredero del poder tradicional del estado terrorista, más aún deslastrado de los impedimentos creados por la dictadura, cuando la institución fue en gran medida desmantelada para ser dirigida por el propio dictador por temor de revueltas internas. Además de mediatizada, al poner sobre ella la injerencia de los temidos tontons macoutes. A partir de 1986 el ejército se convierte en el principal soporte del nuevo Consejo Nacional de Gobierno con el general Henry Namphy, orientando un inestable proceso de transición hasta finales de 1990 cuando se alternan por cambios súbitos y turbulen-

tos en la primera magistratura, Leslie Manigat, otra vez Namphy, el general Próspero Avril, el general Herard Abraham y la juez Ester Pascal Troillo. Pero la fuerte presión popular, indicadora de la nueva concientización en curso, que encuentra soportes en la onda democratizadora imperante en la América Latina, determinan la nueva Constitución de 1987 que proscribiera el duvalierismo y privilegia la democracia representativa. El caudal popular logra solventar el impromptu sangriento de las elecciones escamoteadas al final del 87 y llega a las primeras elecciones libres en diciembre de 1990. En la campaña electoral aparece la candidatura de Jean Bertrand Aristide, que cae como una verdadera bomba cuya explosión fue la alegría de la gente que lo vio como el símbolo de la lucha anti-macoute, contra los duvalieristas, la burguesía nacional y el imperialismo.

Aristide asume la presidencia en febrero de 1991 en medio de una gran expectativa popular. En él se encarnan los prístinos valores de la teología de la liberación, que se plantea la interrogante de «cómo ser cristianos en un mundo de miserables», y que cuenta con grandes figuras representativas en el continente: Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Helder Cámara, el mártir obispo del Salvador, Oscar Arnulfo Romero, y muchos otros. En la toma de gobierno, el joven presidente, hablando en creole, señaló: «yo voy a ser presidente de una oposición, de un pueblo, incluso enfrentando al mismo gobierno que estoy creando». Entre sus primeras acciones se destacan la destitución de los principales generales duvalieristas y la importancia que le confiere a las organizaciones populares. Las organizaciones se agrupan en el movimiento denominado Lavalas que significa «la avalancha» y no representan un partido político en particular.

Al analizar la situación de Haití, para el momento de la toma presidencial, el comentarista internacional de esta revista SIC, Demetrio Boersner, pronosticaba: «considerando la falta de un fuerte partido que apoye al presidente electo, y la presencia en el país de militares reaccionarios y de agresivos, tontons-macoute aún armados y agresivos, y considerando además la desconfianza y antipatía del establishment norteamericano hacia un dirigente totalmente adverso al neoliberalismo e inclinado hacia un dirigismo a favor de los pobres, es posible que Aristide no logre ejercer el poder sino caiga derrocado como sus predecesores en la vía de la reforma democrática». El 30 de septiembre de 1991 se concretó el acertado análisis del respetado internacionalista cuando se asomó la grotesca faz del militarismo.

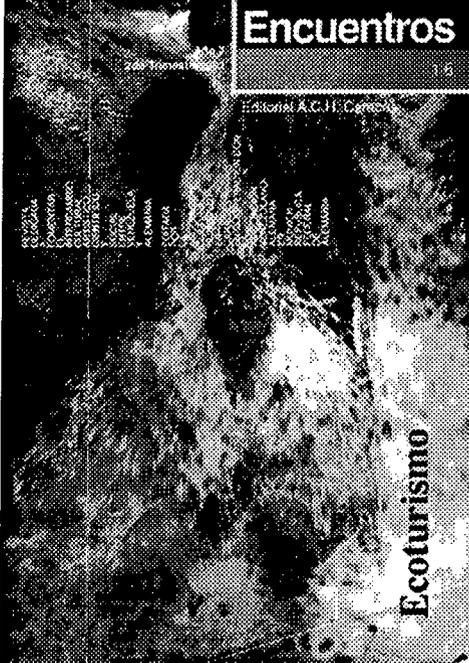
La desnaturalizada burguesía haitiana encontró en el Legislativo un reducto para despotricar en base a la falsa asunción de que se pretendía instaurar una dictadura del proletariado, y en el ejército encontró su brazo ejecutor para reactivar la regresión histórica.

El general Cedras, quien había sido designado por el presidente como Ministro del ejército, encabezó un golpe de Estado que llevó al presidente al exilio obligatorio y a un número indeterminado pero importante de haitianos, a la tumba o a la cárcel. Recientemente, según cifras suministradas por Las Organizaciones de Derechos Humanos reunidas en la ciudad de Viena en el mes de junio, indican que entre el 30 de septiembre de 1990 y noviembre de 1992 murieron a manos de las fuerzas militares 3.000 personas, 6.000 fueron heridos y 300 mil debieron abandonar sus hogares para escapar de la persecución. Pero en esta oportunidad la comunidad latinoamericana no se mantuvo indiferente a los acontecimientos de la Isla y en tal sentido el golpe se convirtió en un caso prueba para el sistema interamericano, que tiene a su alcance por primera vez la posibilidad de desempeñar un papel protagónico en la reversión de una asonada militar y restablecimiento del proceso democrático. Consecuentemente, el 8 de octubre a poco tiempo del golpe, en Asamblea extraordinaria, 34 países miembros de la OEA decidieron condenar el

nuevo gobierno de facto, proceder al congelamiento de los activos del estado haitiano y aplicar un embargo comercial.

Después de largos meses de vacilaciones, en la aplicación de las medidas adoptadas contra el golpe, la penuria del pueblo haitiano se ha agravado, como lo demuestra el drama de los miles de haitianos que huyen en frágiles embarcaciones hacia los Estados Unidos y a quienes se le ha negado el derecho de asilo político como se le otorga a los cubanos, poniendo de manifiesto un trato racista. El reto a la OEA aumentó primero con el «fujimorazo» ocurrido en Perú, y más recientemente por los sucesos que impactaron a Guatemala, determinando una posición más firme del organismo como se observó en la última reunión sostenida en Managua, Nicaragua, procurando mecanismos que le permitan pasar de las resoluciones principistas a la práctica, y solventar el apego de la diplomacia latinoamericana a la no intervención, con lo cual se favorecen las fuerzas regresivas y antidemocráticas. Esta nueva actitud se ve fortalecida por la actual orientación adoptada por la Administración de Bill Clinton.

Como producto de lo anterior, se destaca en la actualidad la concatenación de las presiones externas con el franco deterioro de la legitimidad del militarismo, que ha forzado el original acuerdo que bien pudiera abrirle por fin una salida al drama haitiano.



Revista ENCUENTROS
 Número 16,
 Año 7, 2º trimestre 1993.

Publicada por la Asociación Cultural Humboldt, Caracas, en colaboración con la Asociación Venezolano-Alemana, Munich.

Número Monográfico con el tema ECOTURISMO.

CONTIENE 17 artículos sobre el tema. Además el texto de la conferencia dictada por el filósofo Ernesto Tugendhat sobre Justicia y Derechos Humanos.

Suscripción anual: Bs. 200
 Número suelto : Bs. 60